



****El Duelo en el Valle de los Susurros****

Sergio Yépez Santiago

En un rincón olvidado del mundo, donde las montañas se alzaban como gigantes dormidos y los ríos cantaban canciones antiguas, existía un valle llamado el Valle de los Susurros. Allí, las enfermedades vagaban libres, no como meras dolencias, sino como seres vivientes, con formas humanas, a veces etéreas, a veces monstruosas. La Fiebre, con su piel ardiente y sus ojos febriles; la Depresión, una figura oscura envuelta en un manto de tristeza infinita; y la Paranoia, que siempre caminaba con ojos en la nuca, temiendo incluso a su sombra.

Pero por encima de todas, reinaba Fobos, el señor del miedo. Su presencia era inconfundible, un gigante nebuloso cuyos pasos resonaban como truenos lejanos, y cuya sombra cubría el valle con un frío inmisericorde. Fobos no solo era el miedo en sí, sino el miedo a lo que las enfermedades podían traer: el sufrimiento, la desesperanza, la muerte. Bajo su reinado, las enfermedades se volvían imparables, pues no había alma que pudiera enfrentarlas sin sucumbir al pavor.

Sin embargo, en un pequeño pueblo al borde del valle, vivía un grupo de personas que habían decidido que ya no vivirían bajo la sombra de Fobos. Se llamaban a sí mismos los Portadores de la Llama, y en su pecho brillaba una luz invisible pero poderosa, alimentada por el coraje, la valentía y la dignidad.

Una noche, cuando la luna estaba llena y las estrellas titilaban como luciérnagas, los Portadores de la Llama descendieron al Valle de los Susurros. Cada paso que daban hacía temblar la tierra, y sus corazones latían al unísono, como un tambor de guerra. Cuando llegaron al centro del valle, donde Fobos aguardaba rodeado de sus huestes de enfermedades, los Portadores no titubearon.

La Fiebre intentó quemarlos con su aliento, pero la llama en sus pechos la repelió, devolviéndola a su forma original, una chispa insignificante que se perdió en la brisa. La Depresión trató de envolverlos en su manto de desesperanza, pero ellos lo rasgaron con la dignidad de quien sabe que la vida, aunque difícil, es preciosa. La Paranoia susurró mentiras y sembró dudas, pero su coraje era más fuerte que cualquier miedo infundado.

Finalmente, Fobos se alzó ante ellos, su forma nebulosa ocupando todo el horizonte. “¿Creéis que podéis vencerme?” resonó su voz como un trueno. “Soy el miedo, el temor a lo desconocido, el pánico ante la muerte. Soy eterno.”



Pero los Portadores de la Llama, con sus corazones brillando como soles, no retrocedieron. Uno de ellos, una mujer de ojos serenos y voz firme, dio un paso al frente. “No te enfrentamos para destruirte, Fobos,” dijo, “pues sabemos que siempre estarás ahí, en las sombras. Pero no te tememos. Te miramos a los ojos y caminamos adelante, porque el miedo solo tiene poder si le damos la espalda.”

Fobos rugió y se desató en una tormenta de viento y sombras, pero la luz de los Portadores se hizo más brillante, más fuerte, hasta que la figura del gigante comenzó a disolverse, sus formas desvaneciéndose en la niebla del amanecer.

Cuando el sol finalmente tocó el Valle de los Susurros, las enfermedades se desvanecieron, liberadas del yugo de Fobos. Y los Portadores de la Llama regresaron a su pueblo, sabiendo que la batalla nunca terminaría, pero que el coraje, la valentía y la dignidad eran fuerzas que, aunque invisibles, eran más poderosas que cualquier temor.

Y así, en el Valle de los Susurros, donde una vez solo se oía el eco de la desesperanza, ahora resonaban los cantos de aquellos que enfrentaban sus miedos y salían victoriosos, no porque no sintieran temor, sino porque habían aprendido a caminar a su lado.